

tísimos, en compañía de un dragon, el griego Ferecio, grande astrólogo y nigromante (1), que enseñó á las gentes de la comarca á hacer sacrificios á los dioses, y especialmente á Hércules. Sin detenernos en otros pormenores, que importan al estudio de la leyenda en general más que á la de los romances que procedieron de ella, baste decir, por resumen, que la fábula de la cueva de Hércules nació de los cuentos orientales del sepulcro de Nitocris y de los palacios de Daluca, combinados con memorias locales, con tradiciones obscuras, pero antiquísimas, y con objetos de arte que realmente encontraron los árabes en las iglesias de Toledo, y cuyo verdadero sentido y aplicación debió de ser un arcano para ellos; relicarios y andas portátiles, coronas votivas, estatuas y pinturas, que les pa-

(1) La enseñanza de artes mágicas en la cueva por Hércules ó por Ferecio debe de ser leyenda sobrepuesta, nacida de la celebridad que desde el siglo XII tuvo Toledo como escuela de nigromancia, celebridad que á su vez era consecuencia del gran movimiento intelectual promovido en aquella ciudad bajo los auspicios del arzobispo D. Raimundo, por su famosa escuela de traductores de libros orientales, entre los que había algunos de astrología y otras ciencias misteriosas ó poco sabidas en Occidente. La imaginación popular, que siempre había considerado las cavernas como teatro de evocaciones *goéticas* (recuérdese la cueva de la Sibila, el antro de Trofonio, etc.), localizó esta enseñanza en un subterráneo («nefando gimnasio» que dice el P. Martín del Río hablando del cuento muy análogo de la cueva de Salamanca). De la de Toledo hay vestigio en el bellissimo apólogo de D. Illán y el Deán de Santiago, que trae D. Juan Manuel en *El Conde Lucanor*: «Tenía el Deán muy gran voluntad de saber el arte de la nigromancia, y vino ende á Toledo para aprender con D. Illán. D. Illán, después que mandó á su criada aderezar unas perdices, llamó al Deán, é entraron amos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella muy grand pieza en guisa que parecían tan bajos que pasaba el río Tajo sobre ellos. É desque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta que ahí avía, do estaban los libros y el estudio en que avían de leer».

recieron, sin duda, sortilegios y talismanes. De este modo, la misma mesa de Salomón llegó á convertirse en las últimas y degeneradas versiones, por ejemplo *la ciudad de Alatón*, en una vasija llena de diablos.

Si hemos de juzgar por los textos históricos existentes, habrá que decir que las tradiciones árabes acerca de la conquista permanecieron ignoradas de los cronistas latinos hasta el siglo XI. El Albeldense y Alfonso III el Magno ni siquiera nombran á D. Julián, cuanto menos á su hija, y en uno y otro continúa la misma incertidumbre que en los relatos arábigos acerca del paradero de D. Rodrigo, si bien el segundo consigna la especie de la sepultura hallada en Viseo con la inscripción: *Hic requiescit Rodericus rex Gothorum*, lo cual parece indicio de una tradición local bastante antigua (1).

Donde por primera vez apunta la leyenda arábiga tomada, no de los libros, según creemos, sino de alguna versión oral, es en el Monje de Silos, que escribía en tiempo de Alfonso VI: «*Propterea furor violatae filiae ad hoc facinus peragendum Julianum incitabat quam Rodericus Rex filiam ipsius non per uxorem, sed quod sibi pulchra videbatur utebatur pro concubina*» (2).

Al Silense copió casi literalmente D. Lucas de Tuy, que tampoco creo que consultase fuentes árabes: «*Quod Rodericus Rex filiã ipsius non per uxorem, sed quod sibi pulchra videbatur utebatur pro concubina*» (3).

El que tuvo directo acceso á aquellas fuentes, y las siguió con una puntualidad que hoy es fácil comprobar, fué el insigne arzobispo de Toledo D. Rodrigo

(1) *De Ruderico rege nulli cognita manet causa interitus ejus: rudis namque nostris temporibus, cum Viseo civitas et suburbana ejus a nobis populata essent, in quadam Basilica monumentum est inventum ubi desuper epitaphium sculptum sic dicit: Hic requiescit, etcétera.* (*España Sagrada*, XIII, 478).

(2) Tomo XVII de la *España Sagrada* (2.<sup>a</sup> edición), pág. 270.

(3) En el tomo 4.<sup>o</sup> de la *Hispania Illustrata* de Andrés Scoto, fol. 70.

Ximénez de Rada, príncipe de nuestros historiadores de la Edad Media. Su narración de la pérdida de España (lib. III *De Rebus Hispaniae*, cap. XVIII y ss.), es la misma que, traducida al castellano, pasó á la *Crónica General* en todas sus distintas redacciones. Es patente su analogía con otras versiones árabes, especialmente con la del *Ajbar Machmua*, pero no parece transcripción literal de ninguna de ellas, sino resumen muy sucinto. Como principales novedades hallamos: el origen gótico asignado á D. Julián y el cargo que se le atribuye de *comes spathariorum*, es decir, capitán de los *espatarios* de la guardia de D. Rodrigo (1); los bienes y heredamientos que se le suponen en el castillo de Consuegra (2) y en la tierra de las marismas; el gobierno ó tenencia que se le atribuye en la Isla Verde (Algeciras «á la que agora dicen en arábigo *Algezira Talhadra*»); la incertidumbre sobre si fué la hija ó la mujer de D. Julián la deshonrada por D. Rodrigo; el falso emplazamiento de la batalla, nacido de un error geográfico sobre la situación de la antigua Asido; el nombre del caballo de D. Rodrigo (Orelia), que fué hallado entre los despojos del combate; y la amplificación del sencillo epitafio de Viseo convirtiéndole en una vehemente diatriba contra el último rey visigodo.

Pero ¿no habría en los siglos XII y XIII otra manifestación de la leyenda que los concisos y severos

(1) La *Crónica General*, á lo menos en el texto impreso por Ocampo, cambió *espaderos* en *esparteros*; y el Canciller Ayala (*Crónica de D. Pedro*, año 2.º, cap. XVIII), agravando el error con una falsa interpretación, llamó á D. Illán «conde de Espartaria, que quiere decir de la Mancha».

(2) La introducción del nombre de Consuegra (que por primera vez aparece en el Arzobispo D. Rodrigo) puede proceder de la mala lectura de otro nombre geográfico en algún texto árabe. En la *Crónica de Rasis*, dice la mujer de D. Julián: «yrme he para Caspique mi eredat, é por otros mis castillos que tengo de mi padre».

epítomes de los analistas eclesiásticos? ¿Fué posible que de ellos se pasase sin transición alguna á la monstruosa eflorescencia poética que logran los lances de amor y fortuna del rey D. Rodrigo en la *Crónica* de Pedro del Corral y en los romances que se derivaron de ella? Antes del hallazgo de la parte perdida de la *Crónica* llamada *del moro Rasis*, fué lícito y prudente el dudarlo y aun el negarlo. Hoy me parece que debe admitirse como muy verosímil, ya que no como enteramente probada, la existencia, no sólo de uno, sino de varios cantares de gesta concernientes á Don Rodrigo, cuya antigüedad y carácter puede rastrearse por varios indicios.

El primero, aunque acaso no el principal, es la aparición en el siglo XIII de un poema francés titulado *Anséis de Cartago*, que en su primera parte no es más que una versión de la historia de D. Rodrigo y la Cava, pero con variantes muy substanciales que no se hallan en los libros de historia, ni parecen tampoco invención del juglar francés, que seguramente recogió la leyenda en España, no sabemos si de la tradición oral ó de la escrita. Refiere, en substancia, que Carlomagno, después de haber conquistado España, dejó al lado del joven rey Anséis, para ayudarle en su gobierno, á un sabio y poderoso barón, Isoré de Conimbra. Éste habla de la belleza y del valor de Anséis á su hija, que se enamora de él en seguida con pasión frenética y brutal. Anséis envía á Isoré como embajador á la corte africana de Marsilio: durante su ausencia, su hija Lutisa se introduce por la noche en el lecho de Anséis, que la deshonra sin conocerla. Cuando Isoré vuelve de su misión, averigua que su hija ha sido violada por el rey, se enciende en furor, reniega de la fe cristiana, vuelve á embarcarse para África, ofrece á Marsilio su alianza, y le trae á España, con inmenso ejército de sarracenos, para vengarse del ultraje. El resto de las aventuras narradas en el poema es mucho menos original. El joven rey cristiano se

ve reducido á la última extremidad, é implora el auxilio del viejo Carlomagno que vuelve á España, alcanza nuevas victorias, y deja en tranquila posesión de su reino á Anséis. Isoré es ahorcado y Marsilio decapitado (1).

Prescindiendo del final, que es uno de los lugares comunes de la epopeya carolingia, no hay duda que lo restante es un trasunto bastante fiel de la leyenda española. El rey Anséis es D. Rodrigo: el conde D. Julián es Isoré, y el moro Marsilio es Muza. Todo es igual, salvo el liviano carácter de la heroína, que no es seducida, sino seductora, como acontece en otros muchos relatos caballerescos de época tardía, en que la decadencia del sentido moral acompaña á la del sentido estético.

«No se puede desconocer (dice Gastón Paris en su memorable *Historia poética de Carlomagno*) el parentesco de este relato con la célebre tradición de D. Rodrigo y la Cava. Julián está de embajador en Africa como Isoré, cuando el rey seduce á su hija. Vuelve de la misma manera, averigua el insulto que se le ha hecho, y parte nuevamente á buscar en la opuesta orilla del Mediterráneo vengadores entre los infieles. La principal diferencia está en el carácter de la hija del conde: la mayor parte de las tradiciones españolas suponen que fué forzada: sin embargo, el nombre injurioso que se le ha dado parece indicar otra versión en que era más culpable, y hay en efecto romances en que se deja seducir muy fácilmente».

Lo del apelativo injurioso tiene ahora poca fuerza, puesto que los arabistas rechazan la etimología antigua y suponen que se trata de un nombre propio degenerado. Pero la cita de los romances (ó más bien de la *Crónica* de Pedro del Corral, de quien proceden) es

(1) El *Anseis de Cartago* está inédito todavía. Me valgo de los extractos y análisis que hay en la *Histoire Littéraire de la France*, XIX (648-654), G. Paris (*Histoire poétique de Charlemagne*, 494), y L. Gautier (*Les Épopées Françaises*, III, 637 y ss.).

muy pertinente, pues aunque en ellos se consigne que el rey cumplió su voluntad «*más por fuerza que por grado*», los preliminares de la seducción, en cuya pintura se recrea morosamente el autor de la *Crónica*, muestran á la Cava como mujer fácil y liviana, ó á lo menos *muy descuidada*, como dice candorosamente el romance. Tal *descuido* hace menos verosímil la indignación posterior y la carta fulminante á su padre. El relato de los historiadores árabes es mucho más natural y lógico: el del *Anseis de Cartago* debe de ser una variante tardía, y, sin embargo, aparece ya en un poema del siglo XIII. ¿Qué antigüedad hemos de suponer á la tradición española de que seguramente emana?

Otro indicio de narraciones poéticas tenemos, á mi ver, en la parte inédita de la *Crónica del moro Rasis* publicada por D. R. Menéndez Pidal. Me rindo ante la opinión de los arabistas que en otras partes, geográficas é históricas, de este libro, han visto una fiel traducción de las obras perdidas del historiador *Ahmed-Arrazi*. El estilo mismo parece que lo comprueba. La narración de la conquista, la historia del palacio encantado de Toledo, tienen un sello oriental innegable, aun en la sintaxis. Además, los nombres propios latinos y visigóticos están transcritos del modo que de un árabe pudiera esperarse: Wamba se convierte en *Benete*, Ervigio en *Eranto*, Egica en *Abarca*, Witiza en *Acosta*. El autor además, según costumbre de los historiadores de su raza, gusta de apoyarse en testimonios tradicionales: «E dixo Brafoma, el fijo de Mudir, que fué siempre en esta guerra»...; y aun llega á invocar el testimonio de un espía de D. Julián: «E dixo Afia, el fijo de Josefee, que andaba en la compañía del rey Rodrigo en talle de christiano»...

Pero hay una parte considerable del fragmento de *Rasis*, en que no se encuentran tales referencias; en que los nombres están transcritos con entera fidelidad y son de lo menos árabe que puede imaginarse:

*D. Ximon, Ricaldo ó Ricardo, Enrique;* y en que la sintaxis, á lo menos para nuestros oídos y corta pericia lingüística, nada tiene de semítico. Me refiero al larguísimo pasaje relativo á los amores de D. Rodrigo y la Cava, y especialmente al consejo y deliberación que D. Julián, después de su vuelta á Africa, celebra con sus parciales. Todo lo que el conde y su mujer y sus amigos dicen en este consejo tiene un sabor muy pronunciado de *cantar de gesta*, y aun me parece notar en algunos puntos rastros de versificación asonantada. Pero como tengo experiencia de cuán fáciles son estas conjeturas, no doy á esta observación más valor del que pueda tener, fijándome sólo en la impresión general que deja este trozo. Compárese con todos los textos árabes que en tan gran número conocemos relativos á la conquista, y creo que se palpará la diferencia.

Téngase en cuenta, por otra parte, que este episodio falta en la mayor parte de los manuscritos de Rasis (1). Hemos de presumir que éste contaría la historia de la Cava en términos análogos á los que emplean los demás historiadores musulimes, pero acaso la laguna que advertimos proceda de haberse perdido ó de no haber sido traducida esta parte de su Crónica, lo cual fué causa de que se interpolara en ella una narración de distinto origen. Nada es inverosímil tratándose de un texto tan destartado y que había pasado por una versión oral y dos escritas, sin contar con las alteraciones de los copistas. Aumenta las sospechas de interpolación el ver de cuán rara manera viene á cortar é interrumpir este episodio el cuento ya comenzado de la casa de Toledo. Esta falta de orden y preparación no debió de ocultársele al mismo compaginador del *Rasis*, puesto que candorosamente exclama al reanu-

(1) De seguro que el episodio del consejo faltaba también en el Códice que tuvo Pedro del Corral, pues de otro modo le hubiera reproducido, como reprodujo todo lo demás.

dar el roto hilo de su exposición: «E quantos hy avia »todos eran maravillados qué le podria acontecer al »rei don rrodrigo que ansi se le escaesció el fecho de »la casa que le dixeron los de Toledo».

Corrobora, finalmente, estas presunciones (que sólo por tales pueden darse), la existencia en las crónicas españolas de un cierto número de pormenores más ó menos poéticos que hasta ahora no han parecido en las arábicas. Cuento entre ellas la especie consignada por el Silense de que la hija de Julián había sido prometida á Rodrigo, consistiendo la injuria del rey en haberla tomado por concubina y no por esposa; el proyecto de desarme general, convirtiendo las armas en instrumentos de labranza, que el autor del Poema de Fernán González supone cautelosamente sugerido por el Conde á D. Rodrigo, aunque el Tudense y la mayor parte de los cronistas posteriores le atribuyen á Witiza; la activa y eficaz intervención de la mujer de D. Julián en su venganza, y el nombre y parentela que la asigna el canciller Ayala «doña Faldrina, que era hermana del Arzobispo don Opas é »fija del rey Vitiza»; la variante ya conocida por el Toledano, según la cual fué la mujer y no la hija del Conde la deshonrada; el nombre del caballo de don Rodrigo (*Orelia*); y quizá algunos de los últimos retoques y aliños que recibió la fábula de la cueva de Hércules en los escritores castellanos del siglo xv. Así Gutierre Diaz de Gámez, que se apoya en un autor innominado, que muy bien pudo ser un texto poético, cuenta que D. Rodrigo halló dentro del arca famosa, no las figuras consabidas, sino tres redomas, «y que »en la una estaba una cabeza de un moro, y en la otra »una culebra, y en la otra una langosta» (1). Pero

(1) Este pasaje es uno de los muchos que faltan en la mutilada edición que de la *Crónica de D. Pedro Niño* hizo Llaguno, pero se halla en los dos códices que hemos manejado de esta obra, y puede leerse también en la traducción francesa de Cir-

atendiendo á la parquedad de pormenores maravillosos en nuestra poesía épica, no me decido á atribuir el mismo origen á la leyenda del incendio del encantado palacio, tal como la refirieron acaso simultáneamente el arcipreste de Talavera Alfonso Martínez en su *Atalaya de Crónicas* y Pedro del Corral en su famosa novela.

«Y desta guisa salieron fuera de la casa... et non eran bien acabadas de cerrar (las puertas) quando vieron un águila caer de suso del ayre que parecía que descendía del cielo, é traya un tizón de fuego ardiendo et púsolo de suso de la casa é comenzó de alear con las alas, y el tizón con el aire quel águila fazía con sus alas comenzó de arder, y la casa se encendió de tal manera como si fuera hecha de resina, así vivas llamas y tan altas que esto era gran maravilla, é tanto quemó que en toda ella no quedó señal de piedra, y toda fué fecha ceniza. É á poca de hora llegaron unas avecillas negras, é anduvieron por suso de la ceniza: é tantas eran que davan tan grande viento de su vuelo, que se levantó toda la ceniza y esparzióse por España toda quanta el su señorío era, et muy muchas gentes sobre quien cayó los tornava tales como si los untasen con sangre... Y éste fué el primero signo de la destruyción de España» (1).

Supuesta la existencia de estos cantares, que hubieron de ser varios, como parece que lo exige por una parte la extensión y complejidad de la materia épica, y por otra la divergencia de los datos tradicionales,

court y Puymaigre (*Les Victorial... traduit de l'espagnol d'après le manuscrit*. Paris, V. Palmé, 1867, p. 41).

(1) Esta águila incendiaria y fatídica ha sugerido al señor Menéndez Pidal (artículo citado) el recuerdo muy oportuno de la que en los romances de Montesinos predice á Grimaltos su desventura:

encima de una alta torre—allí se fuera á asentar;  
por el pico echaba fuego—por las alas alquitrán;  
el fuego que d'ella sale—la ciudad hace quemar...

correspondientes sin duda á versiones diversas, fácilmente se explica el hecho de su desaparición y el que no dejasen rastro en los romances, si se reflexiona que entre una y otra forma épica se interpuso otra más degenerada, la forma novelesca en prosa, cuando por los años de 1443 «un liviano y presuncioso hombre llamado Pedro del Corral hizo una que llamó »*Crónica Sarracina*, que más propiamente se puede »llamar trufa ó mentira paladina», según expresión de Fernán Pérez de Guzmán en el prólogo de sus *Generaciones y Semblanzas*. Es, en efecto, la llamada *Crónica del rey don Rodrigo con la destruyción de España* (1), un verdadero libro de caballerías, y no de los menos agradables é ingeniosos, á la vez que la más antigua novela histórica de argumento nacional que posee nuestra literatura. Pedro del Corral, siguiendo la costumbre de los autores de libros de este jaez, atribuyó su relación á los fabulosos historiadores Eleastras, Alanzari y Carestes; pero no hay duda que tuvo á la vista la *Crónica general*, y sobre todo la del moro Rasis, que embutió casi totalmente en la suya con pequeña alteración de palabras. Todo lo demás de este libro es de pura fantasía del autor, que le compaginó con los lugares comunes del género caballeresco, llenándole de torneos, justas, desafíos y combates singulares, festines suntuosos, pompas y cabalgatas; convirtiendo á D. Rodrigo en un paladín andante que ampara á la Duquesa de Lorena (como en la leyenda de Desclot lo hace el Conde de Barcelona con la Emperatriz de Alemania), celebra Cortes en Toledo, se casa con Eliaca, hija del rey de Africa, y ve concurrida su corte por los más bizarros aventureros de Inglaterra, Francia y Polonia.

(1) La edición que tengo es de Sevilla, 1527. Anteriores á ésta hay las de 1511 y 1522, también sevillanas; y posteriores la de Valladolid, 1527; Toledo, 1549; Alcalá de Henares, 1587; Sevilla, del mismo año, y seguramente otras, porque fué uno de los libros más leídos de su género.

Abundan en la novela los nombres menos visigóticos que pueden imaginarse: Sacarus, Acrasus, Arditus, Arcanus, Tibres, Lembrot, Agresses, Beliarte, Lucena, Medea, Tarsides, Polus, Abistalus, tomados algunos de ellos de la *Crónica Troyana*, que fué evidente prototipo de este libro español en la parte novelesca. Las fábulas ya conocidas logran exuberante desarrollo bajo la pluma de Pedro del Corral, pero en realidad inventa muy poco. Ni siquiera el nombre de la Cava le pertenece, ni tampoco el nombre de la mujer de D. Julián, en que coincide con el caniller Ayala: coincidencia que en autores de tan diversos estudios y carácter como el severo analista de D. Pedro y el liviano fabulador de la *destrucción de España*, sólo puede explicarse por la presencia de un texto común que desconocemos.

Lo que hizo Corral, que era hombre de ingenio y de cierta amenidad de estilo, fué aderezar el cuento de los amores de la Cava con todo género de atavios novelescos: coloquios, razonamientos, mensajes, cartas y papeles, que fueron después brava mina para los autores de romances y aun para los historiadores graves. No es posible extractar tan larga narración, pero no queremos omitir la primera escena del enamoramiento:

«E un día el rey se fué á los palacios del mirador que avía fecho, é anduvo por la sala solo sobré las huertas é vió á la Cava, fija del conde D. Julián, que estava en las huertas bailando con algunas donzellas: y ellas no sabian parte del rey cá bien se cuydavan que dormía, é como la Cava era la más hermosa donzella de su casa, é la más amorosa en todos sus fechos, y el rey le avía buena voluntad, assi como la vió echó los ojos en ella, é como ella é otras doncellas jugaban, alzó las faldas pensando que no la veyá ninguno... E como la huerta era muy guardosa é cercada de grandes tapias, é allí do ellas andavan no las podían ver sino de la cámara del rey, no se guardavan, más fazían

lo que en plazer les venía assi como si fuesen en sus cámaras. E creció porfia entrelas desque una vez gran pieza ovieron jugado, de quién tenía más gentil cuerpo, é oviéronse á desnudar é quedar en pelotes apretados que tenían de fina escarlata, é parecíanse los pechos y lo más de las tetillas: é como el rey la miraba, cada vegada le parecía mejor é decia que no avía en todo el mundo donzella ninguna ni dueña que ygualar se pudiese á la su fermosura ni su gracia: el enemigo no esperaba otra cosa sino esto, é vió que el rey era encendido en su amor: andávale todavía al oreja que una vegada cumpliese su voluntad con ella» (1).

Viene á continuación una escena de galantería har-to extraña, que pasó íntegra á los romances: «E así como ovieron comido, el rey se levantó y assentóse á una ventana. Y antes que se levantase de taula, comenzó de meter á la reyna é á las donzellas en juego. E como las vió que jugaban, llamó á la Cava, é dixole que sacase aradores de las sus manos. E la Cava fué luego á la ventana do el rey estava é hincó las rodillas en el suelo, y catávale las manos; y él como estava ya enamorado y en ardor, como le fallava las manos blancas y blancas, y tales que él nunca viera á mujer, encendiase cada hora más en su amor» (2).

(1) Un pasaje de Ausias March, citado muy á cuento por D. Manuel Milá, alude á esta escena de la *Crónica*, y prueba su rápida difusión fuera de Castilla:

Per lo garró — que lo rey ven de Cava  
se mostra Amor — que tot quant vol acaba.

(2) Compárese con el romance de la *Primavera* (tres variantes). «Amores trata Rodrigo». Ninguna de ellas ha de ser muy vieja, puesto que no aparecen en las primitivas ediciones de la *Silva*, ni del *Cancionero de Romances*. Atendiendo á esto y á su versificación en consonantes casi perfectos en *ado*, Milá tuvo este romance por obra de cualquier poeta galante de mediados del siglo XVI, y creo que su opinión ha de ser la de todo el

La Cava no opone gran resistencia al Rey, pero después de violada y escarnecida se aflige y avergüenza mucho, y comienza á perder su hermosura, con gran pasmo de todos, especialmente de su doncella Alquifa, á quien finalmente confía su secreto, y por consejo de la cual escribe á su padre. El Conde jura vengarse, y urde su traición de concierto con el obispo D. Opas, hermano de su mujer D.<sup>a</sup> Francina, y señor de Consuegra. La parte que pudieramos llamar historial de la conquista prosigue bastantemente ceñida al moro Rasis, si bien con grandes amplificaciones. Lo más original que la *Crónica de D. Rodrigo* contiene, es todo lo que se refiere á la suerte del Rey después de la batalla, de la cual sale «bien tinto de sangre y las armas todas abolladas de los grandes golpes que había recibido»; sus lamentaciones confusas y pedantescas, que no tienen la vivacidad que luego cobraron en el romance; su romántico encuentro con un ermitaño, y la áspera penitencia que hizo de sus pecados, conforme á la regla que aquel santo varón le dejó escrita al morir tres días después de recibirle en su ermita; y cómo resistió á las repetidas tentaciones del diablo, que en varias figuras se le aparecía, tomando en una de estas apariciones el semblante de la Cava, y en otra el del conde D. Julián rodeado de gran compañía de muertos en batalla (¿la hueste de las supersticiones asturianas?); y cómo, finalmente, rescata todas sus culpas con el horrible martirio de ser enterrado vivo en un lucillo ó

mundo. El pormenor de los *aradores* no aparece en la variante que al parecer es más antigua, la de la *Silva* de Barcelona, de 1557, pero está en las otras dos, y fué tomado indudablemente de la *Crónica*, si bien los romancistas encontraron más pulcro y galante que fuese D. Rodrigo el que «sacase los aradores» á la Cava, y no al contrario:

Ella hincada de rodillas, — él la estaba enamorando:  
sacándole está aradores — de su odorífera mano...  
.....  
sacándole está aradores — en sus haldas reclinado.

sepultura en compañía de una culebra de dos cabezas, que le va comiendo por el corazón *é por la natura*. Cuando al tercer día sucumbe, las campanas del lugar inmediato suenan por sí mismas, anunciando la salvación de su alma (1).

Divídese la llamada *Crónica de D. Rodrigo* en dos partes, pero, en rigor, sólo la primera y los últimos capítulos de la segunda tienen relación con aquel monarca. El protagonista de la segunda es el infante D. Pelayo, y en esta *Crónica* es donde se encuentran por primera vez, y muy prolijamente narrados, la fabulosa historia de su infancia; los amores de su padre Favila con la princesa D.<sup>a</sup> Luz; el secreto nacimiento del futuro restaurador de España, expuesto á la corriente del Tajo como nuevo Moisés, nuevo Rómulo ó nuevo Amadís; el juicio de Dios, en que el encubierto esposo de D.<sup>a</sup> Luz defiende su inocencia; y todo lo

(1) En un ingenioso estudio sobre la *Penitencia del rey D. Rodrigo*, (*Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas*, Enero de 1897), opina D. Ramón Menéndez Pidal que de la negligencia ó discordancia de los copistas de la *Crónica del moro Rasis* nació la fábula de la penitencia de D. Rodrigo, monstruosamente amplificada luego por Pedro del Corral. Entre otros errores, en vez de «*Fuè fallado un sepulcro en Viseo*», se escribió en algunos manuscritos «*Fuè fallado un sepulcro en que visco*» (vivió), lo cual bastó para engendrar en la novelesca fantasía de Pedro del Corral la fábula del enterramiento en vida, desarrollada por él con todos los lugares comunes de esta leyenda, que ya aparece en el *Edda* escandinavo, donde Gúnar es arrojado por orden de Atila á una fosa llena de serpientes, una de las cuales le muerde el corazón. Pero la fuente inmediata de Pedro del Corral parece haber sido un libro de ejemplos piadosos, de los que tanto abundan en las literaturas de la Edad Media.

Con parecer tan atinada y plausible esta interpretación del Sr. Menéndez Pidal, no participa de ella su hermano D. Juan, que cree haber encontrado vestigios de la penitencia de D. Rodrigo antes de Pedro del Corral, y se propone tratar extensamente de ella en el tercer capítulo de la monografía que está publicando.

demás de esta sabrosa, aunque nada popular y nada original leyenda, á la cual dió nuevo realce en las postrimerías del siglo XVII la pintoresca pluma del Dr. Lozano en su libro vulgarísimo de los *Reyes Nuevos de Toledo*, del cual tomaron este argumento, Zorrilla para la leyenda de *La Princesa D.<sup>a</sup> Luz*, que es de las mejores suyas, y Hartzenbusch para aquella transformación castellana del asunto trágico de Mérope, que llamó *La Madre de Pelayo*, drama menos conocido y celebrado de lo que merece.

No pueden, en rigor, calificarse de viejos los romances acerca de la pérdida de España. Los seis que admitió Wolf en su *Primavera* están tomados de la *Crónica de D. Rodrigo* (1), y por consiguiente, no pueden ser anteriores á la segunda mitad del siglo XV. Pero seguramente ninguno alcanza tal antigüedad. Por el estilo pertenecen todos al siglo XVI, pero unos parecen juglarescos (2) y otros de poeta algo letrado (3). Muy rara vez añaden circunstancias poéticas al texto en prosa que van siguiendo, pero debe hacerse una excepción en favor del que comienza

Las huestes de don Rodrigo — desmayaban y huían...

donde, en vez de las fastidiosas declamaciones que

(1) Hay que admitir, sin embargo, en uno de ellos, el número 4 de la *Primavera* «En Cepta está Julián», conocimiento de la *Crónica General*, puesto que recuerda el famoso *Llanto de España* en estos versos:

Madre España, ¡ay de ti! — en el mundo tan nombrada,  
.....  
donde nace el fino oro — y la plata no faltaba.  
.....

(2) Sobre todo el primero (núm. 2 de la *Primavera* «D. Rodrigo rey de España»), compuesto en asonantes agudos (casi siempre consonantes en *ar*), lo cual es práctica habitual en esta clase de romances.

(3) Me refiero especialmente al 3 y al 4 de la *Primavera*, que no figuran aún en las colecciones de 1550.

la *Crónica* de Pedro del Corral pone en boca del rey vencido, se leen estos animados y valientes versos:

Ayer era Rey de España, — y hoy no lo soy de una villa,  
ayer villas y castillos, — hoy ninguno poseía,  
ayer tenía criados, — hoy ninguno me servía,  
hoy no tengo una almena — que pueda decir que es mía...

La concentración lírica de este pasaje, así como la rapidez descriptiva de aquel otro fragmento del mismo romance:

Iba tan tinto de sangre — que una brasa parecía;  
las armas lleva abolladas — que eran de gran pedrería;  
la espada lleva hecha sierra — de los golpes que tenía;  
el almete, de abollado, — en la cabeza se hundía...

muestra el partido que podían haber sacado los poetas del material informe que el libro de Pedro del Corral les ofrecía; pero fuera de estos felices rasgos y de algún otro, como el famoso «ya me comen, ya me comen», que debe su principal celebridad á la cita de Cervantes, la poesía adelantó poco sobre la *Crónica*, ó más bien fué un mero eco de ella, si bien los autores de romances tuvieron el talento de simplificarla, de condensar sus rasgos más expresivos, y por consiguiente de mejorarla (1).

(1) Completan la serie de los romances viejos de D. Rodrigo, aunque nada valen como poesía, tres que he reimpresso en el tomo 2.<sup>o</sup> de esta colección (apéndice 1.<sup>o</sup>, núms. 1, 2 y 3) tomándolos de la Tercera Parte de la *Silva de Romances* de Zaragoza, 1551. Los dos primeros fueron desconocidos para Wolf: no así el último, que se lee también en un pliego suelto de la biblioteca de Praga. El primero, que está en asonantes agudos (tipo juglaresco)

Ya se sale de Toledo — el conde Don Julián...

es el único que se refiere al proyecto de desarme sugerido por el vengativo conde á D. Rodrigo:

Todos deshacen las armas — nadie las osa guardar,  
las espadas hacen sierras — para madera cortar;  
los yelmos y los escudos — hacen rejas para arar,  
de las otras armas hacen — azadas para cavar,  
unas echan en los pozos — otras lanzan en la mar...

Los otros dos son puras declamaciones sin valor alguno, y no



En el *Romancero* de Durán, donde, como es sabido, no se guarda más orden que el de géneros y asuntos, apareciendo mezclados lo popular, lo juglaresco, lo erudito y lo artístico, llegan á veinticinco los romances de D. Rodrigo, incluyendo los de fines del siglo XVII, algunos de los cuales tienen autor conocido; por ejemplo, los de Gabriel Lobo Laso de la Vega. Estos romances, cuando no proceden de una ú otra de las dos crónicas mencionadas, son puras ampliaciones líricas, á veces de notable mérito, como el que empieza *Cuando las pintadas aves*; y todavía más este brillante principio de uno que figura en la *Rosa Española* de Timoneda:

Los vientos eran contrarios,—la luna estaba crecida,  
Los peces daban gemidos—por el tiempo que hacía,  
Cuando el rey don Rodrigo—junto á la Cava dormía,  
Dentro de una rica tienda—de oro bien guarnecida.  
Trescientas cuerdas de plata—la su tienda sostenían;  
Dentro había cien doncellas—vestidas á maravilla;  
Las cincuenta están tañendo—con muy extraña armonía,  
Las cincuenta están cantando—con muy dulce melodía;  
Allí hablaba una doncella—que Fortuna se decía...

Para explicar la generación de alguno de los romances del último tiempo, debe tenerse en cuenta la aparición de un libro que á fines del siglo XVI vino á plantar á la vieja *Crónica de D. Rodrigo*, cuyo lenguaje empezaba á parecer arcaico, y que además pertenecía á la desacreditada familia de los libros de caballerías, próximos á sucumbir bajo la sátira de Cervantes. No faltó, pues, quien tratase de sustituir aquella leyenda con otra de más pretensiones históricas y más acomodada al gusto de la época. Esta nueva ficción tuvo un carácter de mala fe y de impudencia que no había tenido la primera. Un morisco de Granada, llamado Miguel de Luna, intérprete oficial de lengua arábiga (lo cual agrava su culpa, á la vez que da indicio de la

parecen muy anteriores á la fecha de su publicación. El último está en consonantes perfectos.

postración en que habían caído los estudios orientales en España), hombre avezado á este género de fraudes, y de quien se sospecha por vehementes indicios que tuvo parte en la invención de los libros plúmbeos del Sacro Monte, fingió haber descubierto en la biblioteca del Escorial una que llamó *Historia verdadera del rey D. Rodrigo y de la pérdida de España...* «compuesta por el sabio alcayde Abulcacim Tarif Abentarique, natural de la ciudad de Almedina en la Arabia Península» (1), y publicó esta supuesta traducción, haciendo alarde de sacar al margen algunos vocablos arábigos para mayor testimonio de su fidelidad. Este libro, disparejado é insulso, que como novela está á cien leguas de la *Crónica Sarracina*, cuanto más de las deliciosas *Guerras de Granada*, que quizá el autor se propuso remedar, logró, sin embargo, una celebridad escandalosa, teniéndole muchos por verdadera historia, y utilizándole otros como fuente poética. De Luna procede el nombre de *Florinda*, no oído hasta entonces en España, y nada gótico ni musulmán tampoco, sino aprendido en algún poema italiano. Entre los romances artísticos recogidos por Durán, hay uno (el 586) que seguramente tiene este origen (2), y que, por tanto, no puede ser anterior á 1592, fecha de la primera edición del libro de Luna. Este influyó grandemente en la comedia de Lope de Vega *El Postrer Godo de España* (1617) y en los numerosos poemas épicos y dramáticos que llevan los preclaros nombres de Walter

(1) La primera edición es de Granada, por René Rabut, 1592. Hay por lo menos otras diez de este libro, que todavía es muy vulgar en España.

(2) Es el que termina con aquellos versos tan sabidos:

Si dicen quién de los dos—la mayor culpa ha tenido,  
Digan los hombres «La Cava»—y las mujeres Rodrigo...

El nombre de Florinda sirve al autor de este romance para un detestable juego de palabras: «Florinda perdió su flor...», etcétera.

Scott (1), Southey (2), W. Irving (3), el Duque de Rivas (4), Mora (5), Espronceda (6) y Zorrilla (7).

De estas remotas derivaciones literarias no nos incumbe tratar aquí, pero sí consignar el hecho muy importante de que todavía el tema épico de la penitencia de D. Rodrigo continúa vivo en la tradición popular, como lo prueban los romances que se cantan en Asturias. En dos de ellos, publicados por el Sr. Menéndez Pidal (8), falta el nombre del rey, pero consta en otro recogido en la parte occidental de la provincia

(1) *The Vision of Don Roderik*, 1811.

(2) *Roderick the last of the Goths* (poema en verso suelto y en 25 cantos), 1815.

(3) *Legends of the conquest of Spain*, 1823. Es un agradable extracto de las obras de Corral (á quien confunde con Rasis) y de Miguel de Luna.

(4) *Florinda*, por D. Angel de Saavedra, poema compuesto en Malta en 1826, pero no impreso hasta 1832.

(5) *Don Opas*, poema humorístico de D. José Joaquín de Mora (en sus *Leyendas Españolas*, 1840).

(6) Fragmentos del poema *Pelago*, 1840.

(7) *El puñal del Godo* (1842).—*La Calentura* (1847). Estos dos cuadros dramáticos se fundan, á lo menos en parte, en el poema de Southey.

Anteriores y posteriores á todas estas obras hubo otras menos conocidas, pero sumamente curiosas, como la tragedia latina *Rodericus fatalis* de Fr. Manuel Rodríguez (1631); el poema portugués de Andrés de Silva Mascarenhas *A destruição de Hespanha* (1617) aprovechado por Southey; el *Rodrigo*, novela histórica del ex-jesuita D. Pedro Montengón, que la llamó *romance épico* (1793); las leyendas anglo-hispanas del santanderino Trueba y Cosío (*The Romance of history of Spain*) (1830); el extraño drama que en vindicación del Conde D. Julián escribió D. Miguel Agustín Príncipe (1839), y hasta cierto punto la famosa novela de Alejandro Herculano *Eurico el Presbítero* (1843). Sobre todas estas composiciones y otras varias puede verse lo que largamente expuse en los prolegómenos del tomo séptimo de las *Comedias de Lope de Vega*, publicadas por la Academia Española.

(8) Véase el tomo tercero de la presente colección de romances.

por el erudito escandinavo Munthe (1). Todos tres siguen el mismo asonante y coinciden en él con el número 7 de la *Primavera*, habiendo además bastantes versos que con leve diferencia son comunes á todas las lecciones. La supresión del nombre del héroe marca el tránsito de los romances históricos á los novelescos, y es fenómeno importante que hemos de ver repetido en otros ciclos. Pero las versiones asturianas, aun en su estado actual, aventajan en gran manera al prosaico romance impreso en el siglo XVI, y conservan interesantes pormenores poéticos que faltan en aquel texto, aunque ya estaban en la *Crónica* de Pedro del Corral, tales como el de tañerse las campanas por sí solas en la muerte de D. Rodrigo, y el valor simbólico y supersticioso atribuido al número siete:

Metiéralo en una tumba—donde una serpiente había,  
Que daba espanto de verla,—siete cabezas tenía:  
Por todas las siete come,—por todas las siete oía.

(1) Don Rodrigo fué á caza,—á caza como solía.  
Non encontró cosa muerta—nin tampoco cosa biba.  
La traidora de la muerte—nel camino le salía.  
—¡Ay de mí, triste isgraciado!—Yo confesarme quería.  
Bajara una voz del cielo,—desta manera decía:  
—Confíeselo el ermitaño,—confíeselo por su bida.  
—Yo piquey con una hermana—y también con una prima,  
y para mejor decir—con una sobrina mía.  
Le dieron de penitencia—[.....]  
encerráronlo en una arca—con una culebre biba.  
La culebra era serpiente—ya siete bocas tenía.  
El ermitaño era bueno—iba á verlo cada día.  
—¿Cómo le ba, don Rodrigo,—con su mala compañía?  
—La compañía buena era,—así yo la merecía.  
De medio cuerpo por bajo—ya todo comido yba:  
agora ba en las entrañas,—es donde más me dolía.  
Al cabo de los tres días—don Rodrigo fenecía.  
Las campanas se tocaban,—naidi las detenía.  
Las ceras de los altares—ellas solas se encendían.  
¡Dichoso de don Rodrigo—que pa lus cielus camina!

Munthe: «Folkpoesi fran Asturien» (Uppsala, 1838).

Encerráronlo en una arca—con una culebra viva.  
La culebra era serpiente—que siete bocas tenía...

Es también nota peculiar de los tres romances asturianos la calidad del pecado que se atribuye á D. Rodrigo:

Yo traté con una hermana—y también con una prima,  
Y para mayor (?) pecado—con una cuñada mía...  
.....  
Yo pequey con una hermana—y también con una prima,  
Y para mejor deci,—con una sobrina mía.  
.....

En ninguna de las formas conocidas de la leyenda se atribuye á la Cava parentesco alguno con D. Rodrigo. ¿Serán, por ventura, estos romances eco remoto y confuso de aquella tradición que comenzando por mostrar incertidumbre entre la hija y la mujer de don Julián, acabó por suponer que madre é hija habían sido víctimas de la incontinencia del rey? Tal era la versión consignada en el apócrifo Cronicón gallego de D. Servando, no tan moderno acaso como generalmente se le estima (1).

(1) «Don Rodrico querie moito a o conde don Julião, e a la condiesa Fandina, que era moito fermosa. E don Rodrico facia pecado cō ela e a tinha a mandar. E o proprio con unha filha sua chamada Cava Florinda, que era de estreimada fermosura. E o Rey a persuadeu a seu amor. E non contento o que tinha com a may se deytou cō ela, e fez nela vn fillo que se erion en Evora de Lusitania, chamado Alterico» (*Historia de D. Servando... apud Godoy Alcántara, Historia de los falsos cronicones*, 287).

Este falso cronicón, cuyo autor se titula nada menos que «confesor de los reyes D. Rodrigo y D. Pelayo» (testimonio digno de ponerse al lado del «espía de D. Julián» citado por el moro Rasis) anda de letra de mano, traducido al gallego, con nombre de D. Pedro Seguino, obispo del siglo XII. Generalmente se creé que todo ello es pura pataña inventada en el siglo XVII por dos hidalgos Boanes de la ciudad de Orense muy picados de la vanidad linajuda, y acrecentado y prohibado por

En cuanto al romance del Algarbe, publicado por Estacio da Veiga, ya indiqué en otra parte que me parece composición apócrifa y moderna de cualquier poeta lírico, teniendo á la vista el romance castellano «En Cepta está D. Julián». Si en la tradición popular portuguesa existen, como es de creer, romances sobre el último rey godo, habrán de parecerse á los de Asturias, como se parecen casi todos los que hasta ahora se han recogido en el Occidente de la Península. Y puede asegurarse que en ellos se cantará el episodio de la penitencia de D. Rodrigo, tan enlazado con tradiciones locales portuguesas (Viseo, Pederneira, supuesta donación de D. Fuas Roupinho...) (1).

el gran falsario Pellicer, pero acaso lo que hicieron unos y otros fué interpolar ó adicionar la parte genealógica, que era lo que enabraba á sus intentos. No creo inverosímil, por consiguiente, que existiera un texto de relativa antigüedad (acaso del siglo XV) al cual puedan referirse los trozos del *Cronicón* en que no se percibe mira interesada. El carácter de la lengua no parece que indica mayor antigüedad.

De este pseudo-cronicón hicieron bastante uso los historiadores de Galicia y Asturias. Véase entre los primeros al P. Gándara, y entre los segundos al laborioso y crédulo genealogista Trelles y Villademoros, que todavía en 1736, fecha del primer tomo de su *Asturias Ilustrada*, tiene la candidez de apoyarse en el testimonio del «confesor de D. Pelayo», no menos que en el de Abentarique.

(1) Estas tradiciones fueron críticamente analizadas por el cisterciense Fr. Manuel de Figueiredo en dos Memorias muy eruditas y dignas de leerse:

*Dissertação historica-critica em que claramente se mostram fabelulosos os factos com que está enredada a vida de Rodrigo Rey dos Godos: que este monarca na batalha de Guadalete morreu: que são apócrifas as peregrinações da Imagen milagrosa de N. Senhora venerada no termo da villa da Pederneira: que não he verdadeira a Doação, que muitos crêm fez á mesma Senhora D. Fuas Roupinho, Governador de Porto de Mós... Lisboa, 1736.*

— *Segunda dissertação historica e critica, em que se mostra morreu na batalha de Guadalete Rodrigo rei dos Godos, e ultimo dos que reinaraõ na Hespanha... Lisboa, 1736.*